

celebra el mundo, que en diciendo santa Teresa, está todo dicho.

Como habia destinado su Majestad á esta heróica vírgen para ennoblecér con un nuevo lustre al monte Carmelo, tenia necesidad de un ministro fiel para que la ayudase á llevar el peso de una empresa tan difícil. Vió en una ocasion á san Juan de la Cruz, y como estaba pronta á admitir á quien la concediese el cielo, no pudo ménos de desear que la concediese el cielo el que habia visto : pidiósele, y se le concedió. O monte santo del Carmelo! Con cuánto regocijo viste á estos tus nuevos pobladores que tu no esperabas, y que aunque no eran necesarios para tu gloria, te engrandecieron con tanto esplendor y lustre! Porque qué seria de mí, si arrebatado de un celo indiscreto por la gloria de un santo que no tiene ninguna necesidad de falsos elogios, yo negase á la verdad el tributo y confesion que se le debe!

Próvidos los sumos pontífices para socorrer las necesidades del pueblo cristiano, obligaron á salir de su soledad á los religiosos del monte Carmelo, mitigando el rigor de su regla : rigor abundantemente recompensado con las fatigas de la vida apostólica, á que eran llamados. Y sin embargo de que eran ménos solitarios y mas dedicados á los ejercicios de una vida santamente activa, conservaban en todo su vigor el espíritu de su segunda vocacion, edificando al mundo con sus virtudes, y santificándole con trabajos apostólicos, cuando movido san Juan de la Cruz de un espíritu superior, se propuso restituir á los profesores de la antigua observancia á su regla primitiva. La iglesia no se niega á agregar esta segunda herencia á su primera posesion; porque adquiria nuevas riquezas sin perder las antiguas : reintegrábasela de los bienes que habia poseído en otro tiempo, sin privarla de los que ya gozaba : se interesaba mucho en la fundacion de otra órden mas : hubiera perdido mucho, si hubiera perdido la primera; pero nada veía en esta que quisiese mudar ni reformar, ni nada veía en la recién fundada, que no la agradase y edificase. Ojalá que permanezcan por innumerables años estas dos órdenes tan santas y tan venerables, una de las cuales cuenta á san Juan de la Cruz en el número de sus hijos, y la otra le reconoce por su padre : entrambas son diferentes, pero entrambas son sin embargo tan semejantes, que se conoce fácilmente que tienen un mismo principio! Ojalá que los últimos siglos respeten en ellas lo que en ellas admiramos

nosotros! en la segunda un retiro inviolable : en la primera una actividad laboriosa : en la una aquel celo y aquel trabajo que permite la austeridad de una vida penitente; en la otra aquella soledad y austeridad que permiten los trabajos y fatigas de una vida apostólica! Ojalá que el celo y los trabajos de entrambas sean siempre la alegría de la iglesia, y su vida pura y sin mácula el ejemplo y la edificacion del mundo; y que el pueblo cristiano bendiga eternamente la memoria de un santo tan grande, de quien se valió Dios para multiplicar la gloria y las riquezas de Israel!

No solamente fué san Juan de la Cruz autor de tan alta empresa, sino que fué víctima de ella. Préndenle en medio de su carrera, mandan que destruya su obra, califican de contumacia la constancia de su resistencia. Suceden cárceles las mas estrechas, reprensiones amargas, instancias importunas, consejos molestos, invectivas odiosas, privacion de sacramentos; pasan dias, pasan meses, y sus prisiones no se alivian, ántes preve que no tendrán fin sino con su vida.

¿No es ocasion esta de preguntar lo que preguntaron los discípulos viendo al ciego de nacimiento? *Quis peccavit, hic, aut parentes ejus?* (1) ¿de dónde procede esta ceguera, del pecado del hijo, ó de los pecados del padre? ¿cómo hemos de justificar al perseguido, sin condenar á los perseguidores? ¿la inocencia de aquel no argüirá el delito de estos? ó cómo puede dejar de ser culpable el uno, si los otros no lo son? *Quis peccavit, hic, aut parentes ejus?* No dudaré responder lo que respondió el Salvador : *neque hic peccavit, neque parentes ejus, sed ut manifestentur opera Dei* (2). Admiramos la fortaleza con que Juan de la Cruz resiste la violencia de la tempestad, y no culpeamos la mano que la excita. Complácese Dios en llevar tal vez á sus santos por caminos extraordinarios; y exceptuándolos de la ley comun les dicta por sí mismo la de su voluntad, obrando mientras tanto los hombres, para quienes son misterios incomprendibles las secretas disposiciones de la Providencia, segun las reglas de la prudencia humana. De aquí procede que aquello que én los ojos de Dios es celo y virtud, se le representa á la razon humana como capricho y obstinacion, hasta el tiempo importuno en que su majestad determina justificar á sus esco-

(1) *S. Juan, c. 9. v. 2.* (2) *Ibid. v. 3.*

gidos, imprimiendo el sello de la inspiracion divina á sus empresas: *neque hic peccavit, neque parentes ejus, sed ut manifestentur opera Dei in illo*. Permitiolo pues Dios para acrisolar la virtud de su siervo y darnos el ejemplo de una fortaleza incontrastable, permitiendo que la piedad se armase contra la piedad, el celo contra el celo, la autoridad contra la autoridad; y que obrasen contra san Juan de la Cruz todas las apariencias, y que no depusiese á su favor otro testigo que su propia conciencia: y aun de este consuelo se ve privado bien pronto, porque no oye ya la voz del espíritu interior: y dudoso, perplejo, fluctuando entre incertidumbres y temores, no sabe qué pensar de sí y de sus hermanos: si lamentar su ceguedad ó llorar su ilusion; si su fortaleza es una constancia que Dios aprueba, ó una contumacia que Dios condena: en esta incertidumbre consistia su mayor martirio. Pero luego que volvió á amanecerle la luz, á cuyo beneficio vió clara y expresa la voluntad del Señor, esperó en paz que viniese el ángel á libertarle de las prisiones.

Ni el deseo de recobrar su libertad le hizo reo de infidelidad, ni la memoria de su prision le acobardó. Diríase que todo el edificio estribaba solamente en Juan de la Cruz: él con su ejemplo manifiesta á sus hermanos la santidad de su vocacion: él con sus exhortaciones aviva en los corazones el amor de la observancia regular: él con su prudencia y consejos contribuye para establecer las leyes y las constituciones de la orden: él desde los mas principales empleos enseña á los inferiores cómo han de obedecer, y á los superiores cómo han de mandar: él instruye á los novicios en las enseñanzas religiosas; y ¿cuáles serian sus progresos bajo la direccion de un maestro tan consumado? Sácalos muchas veces á los lugares solitarios, á los montes y selvas; y desahogando en ellos los incendios del amor divino, sus suspiros interrumpen luego estas soledades. Ó desiertos de Egipto y de la Tebaida, santificados con las virtudes de tantos anacoretas, ¿fuisteis alguna vez testigos de tan plausible y virtuoso espectáculo? Á mí me parece que veo al grande Antonio en medio de sus discípulos, resucitado despues de tantos siglos, y compareciendo en otras regiones. Resplandecen aquí las mismas virtudes, se renuevan los mismos milagros. Unas veces se suspenden las llamas que devoraban un edificio; otras algunos cuerpos enfermos, postrados, exhaustos, recobran sa-

lud, fuerzas y vigor: ya se retiran avergonzados los demonios, y se sepultan en los infiernos: ya lee en el libro de lo venidero los sucesos que se han de verificar en otro tiempo: ya descubre los pensamientos mas ocultos y los deseos mas escondidos del corazon. Pero sus virtudes y sus milagros ofendieron á algunos envidiosos, enemigos de todo aquello que les hace alguna sombra. Aborta la calumnia innumerables imposturas; y las sospechas injuriosas ástutamente esparcidas le adquirieron una multitud de perseguidores. Viéndose deshonorado y degradado, apenas encuentra abrigo en los conventos que fueron obra de su celo y de sus manos: y obligado á obedecer en donde había mandado, y de sujetarse á la autoridad de quienes fué padre y maestro, es preciso que Jacob se postre ante José, y que no solo no encuentre en su corazon la gratitud de hijo, sino que ni aun halla la humanidad de un superior. Carga por otra parte Dios su mano juntamente con los hombres sobre su miserable cuerpo, y su alma se llena de turbacion y de temores. Conque le habeis abandonado, Señor? No por cierto: ya veo que solo pretendéis purificar la víctima: ya está sazonzada y digna de ser colocada en vuestra mesa: ya está para espirar la noche de esta vida mortal: ya la aurora que anuncia el dia de la eternidad despide sus primeras vislumbres y disipa las tinieblas. Pero inalterable Juan de la Cruz y lleno de una dulce esperanza, ve fenecer su destierro, vaticina la hora de su muerte: cúmplase su vaticinio, y muere la muerte de los justos: ábrese el cielo, es colocada en él esta grande alma, y publican su gloria innumerables milagros.

Ó grandes de la tierra! el sepulcro es donde se hunde y naufraga miserablemente vuestra vana grandeza, en él fenecéis vosotros, y allí renacen los santos. Olvidado de los hombres Juan de la Cruz, desconocido, despreciado, vivia una vida oscura, pobre, ignominiosa, al mismo tiempo que Felipe II, uno de los mas prudentes monarcas que han gobernado las Españas, ocupaba un trono fundado sobre las ruinas y despojos de tantos reinos. Su profunda política, mas temible que las armas de los conquistadores, traía la Europa consternada, y asustado el universo. Uno y otro son despojo de la muerte. Y ¿qué es lo que queda de un rey tan poderoso y tan afortunado? un cadáver lleno de podredumbre, unas frias cenizas, y á lo mas un estéril recuerdo de su gloria pasada, y la relacion de sus proyectos,

de su opulencia, de sus buenos sucesos, depositada en la historia para servir de pasatiempo á la humana curiosidad, ó por mejor decir, para informar á la posteridad de un insigne ejemplo de la vanidad y caducidad de las mayores grandezas. Pero en el mismo reino en que su monarca empezó á ser olvidado luego que dejó de vivir, el cuerpo de san Juan de la Cruz, libre de corrupción, es el objeto del respeto y de la veneracion del pueblo. Las ciudades y las provincias compiten por la posesion de tan precioso depósito: y si los hijos y los sucesores del monarca humedeceñ tal vez con sus lágrimas las cenizas de su padre, tambien se postran delante de las reliquias de este humilde solitario, besando el polvo de su sepulcro y adorando las huellas de sus piés: *venient ad te curvi filii eorum qui humiliaverunt te, et adorabunt vestigia pedum tuorum* (1). Su nombre, que se halla escrito en los fastos de la iglesia, vivirá lo que dure la religion; y todo el culto que se le tributa y tributará en la tierra, es solo una débil imágen de la gloria de que goza en el cielo.

Podremos dejar de envidiar su felicidad? pero ¿de qué nos servirán unos deseos ineficaces? pues nosotros no seremos participantes en su compañía de las riquezas y de los honores de la celestial Sion, sino en cuanto fuéremos fieles en seguir el camino por donde él anduvo.

Glorioso santo, ofreced en este dia dedicado á la memoria y al elogio de vuestras virtudes, nuestros deseos y suspiros ante el trono del Dios de gracia y de misericordia, que galardona y corona á los justos. No hablo de ese coro de vírgenes inocentes, que á la sombra de la Cruz de Jesucristo esconden virtudes tanto mas admirables, quanto que las saben ocultar con mayor recato de la admiracion pública: vos sois su padre, ellas son vuestras hijas, y unas hijas dignas de tal padre. El tiempo, que todo lo consume, ha respetado su fervor, y no degenerando de sí mismas, las veis despues de algunos siglos tales cuales las visteis en los floridos dias de la reforma recién fundada. Diríase que las primitivas hijas de santa Teresa viven todavía ahora, y que estos lugares de refugio son habitados por unas almas escogidas. Y supuesto que el curso de los tiempos nada ha alterado en ellas, tampoco habrá mudado las disposiciones de vues-

(1) *Isai. c. 60. v. 14.*

tro corazon para con ellas. Para quienes imploro yo vuestra intercesion es para nosotros. Confieso que no puedo alegar otro derecho para merecer vuestro amparo, que nuestras necesidades, nuestra confianza, y vuestra inmensa caridad. Y ya que nos instruís con vuestros ejemplos, socorrednos con vuestra intercesion poderosa: acreditad lo mucho que valeis con Dios, alcanzándonos la gracia de la conversion y de la santificacion, que conduce á la felicidad eterna de que gozais. Amen.